

SEBASTIÁN ALBIOL VIDAL  
AGUSTÍN DELGADO AGRAMUNT

# Benassal, los años dorados

EL BALNEARIO DE LA FONT D'EN SEGURES  
EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL S. XX



**SERVOL**  
EDICIONS

## La visión del Dr. Vizcarro en tiempos de agüistas (1906)

Entre el 13 de septiembre y el 24 de octubre de 1906, el diario *La Provincia*, de Castellón, publicó una serie de doce artículos con el título genérico de *Benasal*. Su autor era el médico D. Romualdo Vizcarro Prat, de Vinaròs. Unos años antes, en 1902, ya había publicado en el *Heraldo de Castellón* otra serie dedicada a *L'Avellà*, de Catí. Su interés y objeto de estudio y de divulgación eran las aguas minerales.

Sobre las de la *Font d'en Segures* nos dejó unas lúcidas impresiones, que van más allá de lo estrictamente científico o médico. Hombre culto, escribe bien, y nos traslada una visión de la comarca y, especialmente, de la población de Benassal, que nos sumerjen en esos principios de siglo XX que, como veremos por sus referencias históricas, está muy cerca del convulso siglo XIX español.

### ¿Quién era el Dr. Vizcarro?

Digamos, como nota fundamental

para situarlo, que el vinarocense Dr. Romualdo Vizcarro Prat era la tercera generación de la saga médica de los Vizcarro, saga que se dedicó en cuerpo y alma a la sanidad pública de Vinaròs y el Maestrat a lo largo del s. XIX [A. Delgado, 1996].

Son gente que viven en una sociedad liberal, que comparte sus ideas y que terminan implicándose en la estructura institucional de la Administración.

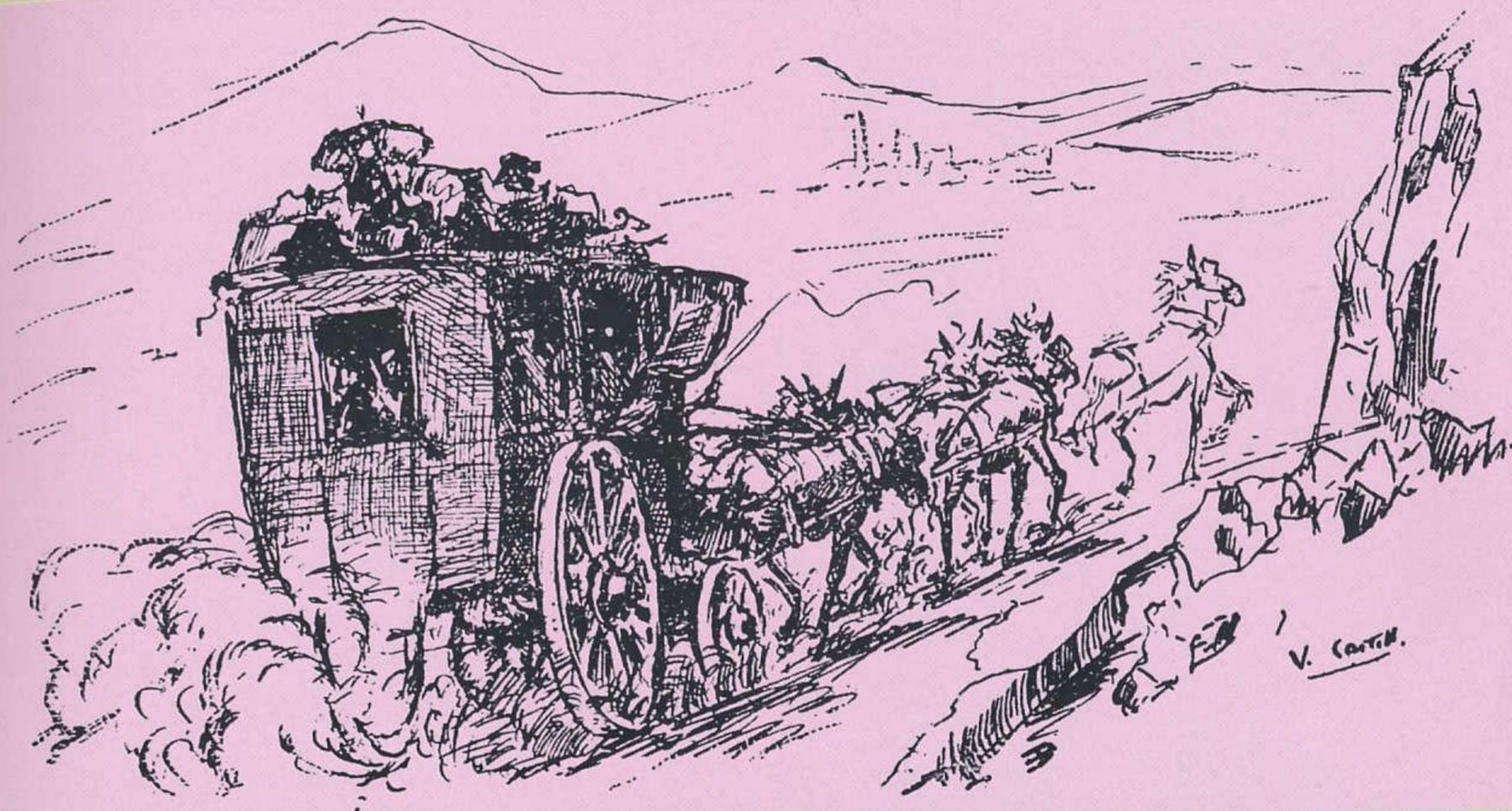
Aunque la libertad individual es la auténtica piedra angular de ese modelo de sociedad, por el que se deja a la persona todo aquello que le afecta individualmente -como su salud-, sin embargo el Estado -críticas ideológicas de *intervencionismo* aparte- no renuncia a actuar en aspectos colectivos que, en definitiva, redundarán en beneficio de los individuos. Estamos, en uno de esos aspectos, ante la denominada Higiene Pública, ante la Sanidad Pública. Desde la acción de gobierno se desarrolla toda una

normativa legal que hace referencia a la prevención de enfermedades contagiosas, o a las enfermedades epidémicas, las endémicas, o a las individuales contagiosas. La Ley de Sanidad de 1855, que sigue el modelo francés de organización (frente al alemán o el inglés, de notorias diferencias), establece las Juntas Provinciales de Sanidad y las Juntas Municipales en poblaciones de más de 1.000 habitantes, siendo asimismo de relevancia la figura de los Subdelegados de Sanidad en cada partido judicial. Los médicos titulares de las diferentes poblaciones son la otra gran pieza en el engranaje.

Pues bien, es en ese mundo donde encajan y destacan los Vizcarro.

Ignacio Vizcarro Puchol (Ulldecona, 1791-Vinaròs, 1865), el primero de la saga, fue médico titular de Vinaròs y estudió la lepra en el Maestrat, en 1825, 1832 y 1843 [S. Teruel, 1974; J. M<sup>a</sup>. López, 1992].

El hijo de Ignacio, Román Vizca-



Una diligencia de la época, en dibujo de Vicente Castell

cruzando la fértil foya de Albocácer, extensión inmensa de frondosos olivares que perfilan en el horizonte los cenicientos cirrus de su ramaje. Después, vése á lo lejos la cuadrada torre-cilla del pueblo, una cúpula sombreada de oscuros cipreses, huertas. En la posada se cambia el tiro y el coche: bajan tres pasajeros y suben siete: dejan un fardo de corambre y cargan dos baules mundos.

Al arrancar, las bestias voluntariosas, apenas pueden con la pesada mole de carne y de equipajes, que avanza perezosa con balanceos de fragata. El calor es intenso, el polvo molestísimo. Los oprimidos de la delantera ocluyen las ventanillas del frente: las laterales están tapadas

también por cortinajes de piernas con fleco de alpargatas y botas de montar. En aquella asfixiante penumbra, varias señoras amarillean presas del mareo: una, vencida por las náuseas tuerce el cuello hacia la ventanilla.

Me compadezco de la moza sentada á mis pies y le propongo un cambio; toma mi asiento y ocupo el suyo.

Desde el collado, el coche descien-de aprisa. En la primera curva, la mole se desvía y las ruedas saltan sobre un acopio de piedra al borde del abismo. El coche para, el mayoral jura: no puede manejar el freno porque estorba un niño; y el niño pasa de la delantera al interior, tendido sobre un colchón de carne.

Yo voy bien; sentado en las balijas,

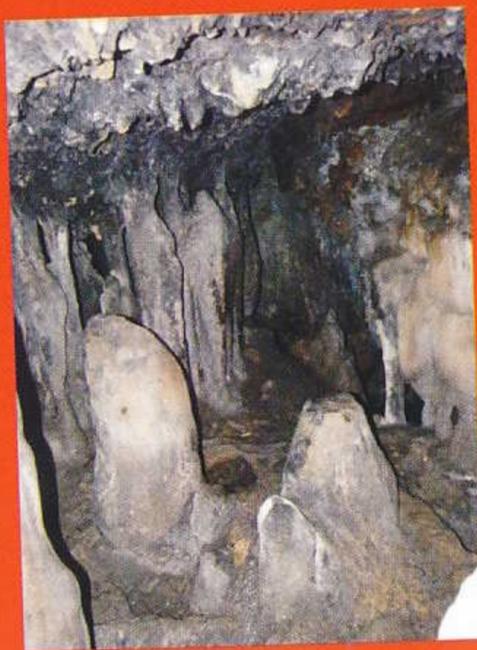
asido de la ventanilla y de una jamba, apoyando los pies al estribo, en las vueltas, la portezuela abierta intenta pellizcarme y me golpea una rodilla; las ruedas me incensan con el polvo del camino, y á través de sus nubes contemplo el paisaje que huye escapado variando siempre.

Al bajar, las zapatas apretando con fuerza, pulverizan la tierra agarrada á las llantas que sale por el opuesto lado, silbando como escape de vapor. En las subidas, el freno se afloja y los herrajes chillan, gimen, rezongan y tintinean con gárrulo desconcierto.

En Cuevas se aligera el coche y ocupo un asiento: mientras subimos la interminable cuesta, me acuerdo de aquellos buenos masoveros tantas ve-



Interior de la cueva Entabusto, lugar preferido del Dr. Vizcarro para sus meditaciones



FOTOS JUAN RAMOS BARCELÓ

ces importunados con mis preguntas de curioso: pienso en la cueva de Entabusto, lugar predilecto de mis meditaciones: en la rica variedad de labiadas que embalsaman el aire; y caigo en cuenta de que nada dije de la flora silvestre y la cultivada de Benasal, de su fauna viva y de su fauna fósil, del abolengo geológico del terreno, de sus minas, de un arco ojival de la primera época que descubrí medio oculto entre tabiques en la hospedería del ermitorio, del porvenir que aguarda á la fuente Ensegures, si la municipalidad quiere, puede y sabe modernizarla...

El coche se detiene en Alcalá en la plazuela de la estación: bajamos. En la posada, mi cortedad no se atreve á pedir una escoba: acepto un cepillo que arrastra con sus barbas una esportilla de tierra.

El expreso me lleva á Vinaroz y un carruaje me conduce á la *cénia*, la huerta donde veranean los míos. Como un guiso cualquiera con la salsa del hambre aderezado y salgo á recrearme en el cuadro familiar, paisaje y marina en una pieza.

Me siento á la sombra del emparado, á veinte pasos de la noria que gime, al rozar de sus engranados palitroques; veo allí cerca el regato rebosante de agua que vierte su caudal en los maizales espesos, altos, ostentando panzudas espadas, rubias cabellebras y esbeltos penachos y contemplo la línea recta del horizonte sin límites, que separa el azul oscuro del mar, del claro azul del cielo, y las numerosas velas blancas que colmadas de pesca, en interminable desfile, enderezan sus proas á la vecina rada.